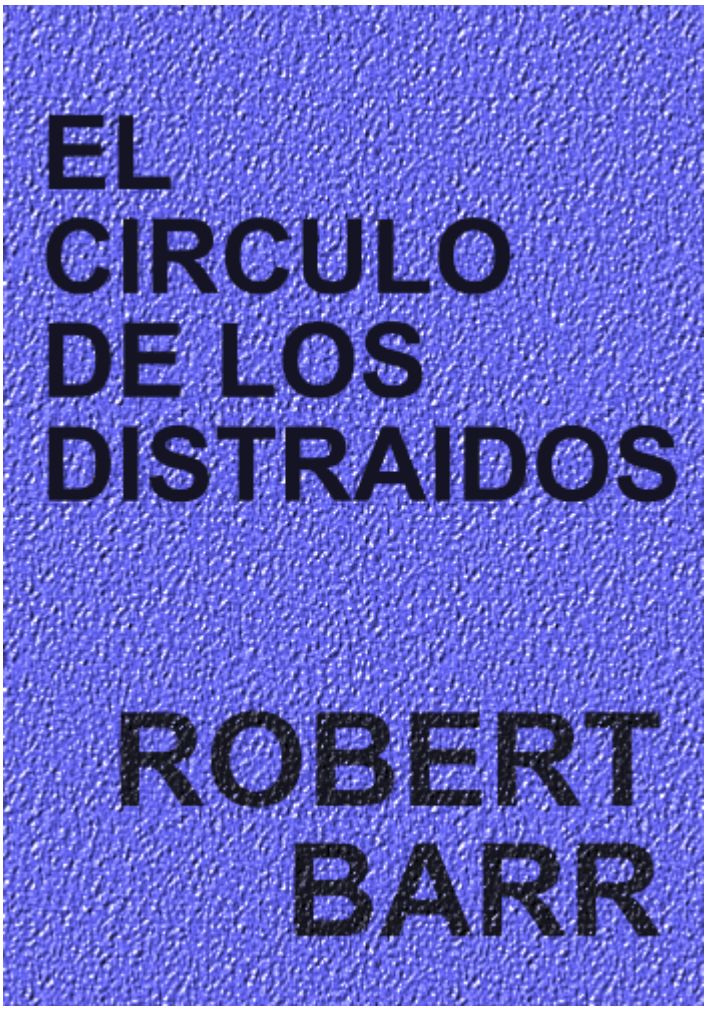
LIBRO dot.com

El círculo de los distraídos

Robert Barr



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Recuerdo bien el día de noviembre en que oí hablar por primera vez del caso Sumertrees, porque pendía sobre Londres una niebla tan espesa que dos o tres veces me perdí y no se podía conseguir coche a ningún precio. Los pocos cocheros que estaban en las calles conducían lentamente a sus animales, en camino hacia sus establos. Era uno de esos deprimentes días londinenses que me llenaban de tedio y de nostalgia por mi clara ciudad de París donde, si es que nos visita una ligera niebla, al menos es vapor limpio y blanco, y no esa horrible mezcla de Londres, saturada de sofocante carbono. La niebla era demasiado densa para que los transeúntes pudiesen leer los títulos de los diarios anunciados en papeles pegados al piso, y como probablemente ese día no había carreras, los muchachos diarieros voceaban lo que consideraban el acontecimiento más importante después de las carreras: la elección de un presidente norteamericano. Compré un periódico y lo metí en el bolsillo. Era tarde cuando llegué a mi apartamento y, después de comer allí, lo que era algo desacostumbrado, me puse mis pantuflas, me senté en un sillón ante el fuego y empecé a leer el vespertino. Me apenó enterarme de que el elocuente señor Bryan había sido derrotado. Yo sabía poco acerca de la cuestión de la plata, pero la capacidad oratoria del hombre me había impresionado y había despertado mi simpatía, porque él poseía muchas minas de plata, y sin embargo el precio del metal era tan bajo que aparentemente el señor Brian no ganaba lo suficiente para vivir con la explotación de esos yacimientos. Pero, naturalmente, la reiterada acusación de que era un plutócrata y un famoso millonario, sólo podía conducirlo a la derrota en una demcracia donde el votante promedio es sumamente pobre y no se halla en la cómoda situación de nuestros campesinos en Francia. Siempre me tomé un gran interés en los asuntos de la gran república del oeste y he realizado algunos esfuerzos para poder informarme correctamente acerca de su política, y si bien, como saben mis lectores, rara vez cito algo elogioso que se ha dicho sobre mí, sin embargo en una oportunidad un cliente mío norteamericano admitió que nunca había conocido la verdadera esencia -creo que esa fue la expresión que utilizóde la política norteamericana hasta que me oyó discurrir al respecto. Pero, agregó, él había sido un hombre muy ocupado toda su vida.

Había permitido que el periódico cayera al piso porque en verdad la niebla estaba penetrando incluso en mi apartamento, y se estaba tornando difícil leer, a pesar de la luz eléctrica. Entró mi sirvienta y me anunció que el señor Spenser Hale deseaba verme y, en verdad, cualquier noche, pero en especial cuando afuera llueve o hay niebla, me gusta más conversar con un amigo que leer un periódico.

-Mon Dieu, mi estimado monsieur Hale, de verdad hay que ser un hombre valiente para aventurarse a salir con la niebla que hay esta noche.

¡Ah, monsieur Valmont! -dijo Hale con orgullo-. ¡Ustedes no pueden presentar una niebla como ésta en París!

-No. En eso ustedes son supremos -admití, incorporándome para saludar a mi visitante y ofrecerle un sillón.

-Veo que está leyendo las últimas noticias -dijo, indicando mi periódico-. Me alegra que ese hombre Bryan haya sido derrotado. Ahora tendremos épocas mejores.

Hice ondular mi mano mientras volvía a sentarme. Puedo discutir muchas cosas con Spenser Hale, pero no política norteamericana, porque él no la entiende. Es un defecto común entre los ingleses tener una ignorancia completa con respecto a los asuntos internos de otros países.

-Con seguridad debe de ser algo importante lo que lo hizo salir con una noche como ésta. La niebla debe ser muy espesa en Scotland Yard.

La saeta no dio en el blanco, ya que Hale contestó estólidamente:

-Está espesa en todo Londres y, en realidad, en casi toda Inglaterra.

-Sí, es verdad -convine- pero tampoco captó eso.

Sin embargo, un instante después hizo un comentario que de proceder de cierta gente que conozco, podría haber indicado un destello de comprensión.

-Usted es un hombre muy, pero muy inteligente, monsieur Valmont, de modo que todo lo que debo decir es que la cuestión que me trajo aquí es la misma sobre la cual se desarrolló la elección norteamericana. Ahora bien, a un compatriota me sentiría obligado a darle otras explicaciones, pero con usted, monsieur, no será necesario.

Hay veces en que me disgustan la sonrisa taimada y la forma en que cierra parcialmente los ojos, pues ellas siempre caracterizan a Spenser Hale cuando pone un problema sobre la mesa que, espera, me desconcertará. Si dijese que él nunca me desconcertó, estaría equivocado, naturalmente, porque a veces la extrema simplicidad de los enigmas que lo preocupan me lleva a un intrincado enredo completamente innecesario en las circunstancias.

Junté la punta de los dedos de ambas manos y miré por un instante el cielo raso. Hale había encendido su pipa negra y mi silencioso sirviente había ubicado junto a su codo el whisky y la soda antes de salir del cuarto en puntas de pie. Cuando la puerta se cerró, mi mirada descendió del cielo raso al nivel del rostro expansivo de Hale...

-¿Lo han engañado? -pregunté tranquilamente.

-¿Quiénes?

-Los monederos falsos.

La pipa de Hale cayó de su mandíbula, pero él alcanzó a tomarla antes de que llegara al piso.

Luego bebió un sorbo de su vaso.

-Ese no fue más que un tiro afortunado -dijo.

-Parfaitement-repliqué con indiferencia.

-Ahora, lo confiesa, Valmont, ¿verdad?

Me encogí de hombros. Un hombre no puede contradecir a un huésped en su propia casa.

-¡Oh, acabe con eso! -gritó Hale groseramente. Es un tanto proclive a las expresiones fuertes y aun vulgares cuando se siente intrigado-. Dígame cómo lo adivinó.

-Es muy simple, mon ami. La cuestión sobre la que se basó la elección norteamericana es el precio de la plata, que es tan bajo que ha arruinado al señor Bryan y amenaza arruinar a todos los agricultores del oeste que poseen minas de plata en sus tincas. La plata perturbé a Norteamérica, ergo la plata perturba a Scotland Yard.. .

Muy bien, la inferencia natural es que alguien ha robado barras--de plata. Pero tal robo ocurrió hace tres meses, cuando ese metal se estaba descargando de un buque alemán en Southampton, y mi estimado amigo Spenser Hale dio caza a los ladrones muy brillantemente cuando ellos trataban de disolver las marcas de las barras con ácido. Ahora, los delitos no se dan en series, como los números en la ruleta de Monte Carlo. Los ladrones son hombres astutos. Se dicen a sí mismos: "¿Qué probabilidades hay de robar barras de plata mientras el señor Hale esté en Scotland Yard?" ¿Eh, mi buen amigo?

-Realmente, Valmont -dijo Hale y bebió otro sorbo-, a veces casi me persuade de que posee capacidad de raciocinio.

-Gracias, camarada. Entonces, no es un robo de plata aquello que debemos encarar. Pero la elección norteamericana se realizó sobre la base del precio de la plata. Si la plata hubiese tenido un costo alto, no hubiera habido cuestión alguna con la plata. De modo que el delito que lo está preocupando a usted surge del precio bajo de la plata, y esto sugiere que debe tratarse de un caso

de acuñación ilícita, porque ahí entra el precio bajo del metal. Tal vez usted haya encontrado algún acto ¡lícito más sutil que nunca. Alguien está haciendo sus chelines y medias coronas con plata real, en lugar de utilizar un metal más bajo, y sin embargo hay una gran ganancia que hasta ahora no ha sido posible por el alto precio de la plata. Con las condiciones antiguas usted estaba familiarizado, pero este nuevo elemento le quita validez a todas sus fórmulas antericres. Es así como conjeturé el asunto.

-Bien, Valmont, ha dado en el clavo, lo admito. Existe una pandilla de expertos monederos que están fabricando dinero con plata real y haciendo un buen negocio con la media corona. No podemos hallar rastros de los monederos, pero conocemos al hombre que hace circular el material.

-Eso debería ser suficiente -comenté.

-Sí, debería serlo, pero no ha resultado así hasta el presente. He venido esta noche para ver si está dispuesto a hacer una de sus tretas francesas para nosotros, muy en reserva.

-¿Cuál treta francesa, monsieur Spenser Hale? -inquirí con cierta dureza, olvidando por el momento que el hombre invariablemente se torna grosero cuando se excita.

-No intenté ofenderlo -dijo el torpe funcionario, quien en realidad es un individuo bonachón pero que siempre comete alguna torpeza y luego se disculpa-. Necesito a alguien que revise la casa de un hombre sin orden de allanamiento, que descubra la evidencia, me informe, y entonces podamos entrar inesperadamente en el lugar antes de que él tenga tiempo de ocultar sus huellas.

-¿Quién es ese hombre y dónde vive?

-Se llama Ralph Summertrees y vive en una pequeña residencia muy elegante, situada en una calle no menos elegante, Park Lane.

-Ya veo. ¿Qué ha despertado sus sospechas contra él?

-Bien, usted sabe, esa es una zona cara para vivir; se necesita mucho dinero para ello. Este Summertrees no tiene ningún negocio evidente y sin embargo cada viernes va al United Capital Bank de Piccadilly y deposita una bolsa llena, generalmente toda de plata.

-¿Y ese dinero?

-Ese dinero, por lo que sabemos, contiene unas cuantas de esas piezas nuevas que nunca conocieron la Casa de Moneda Británica.

-¿No todo es nueva acuñación, entonces?

-Oh, no, es demasiado astuto para hacer eso. Usted sabe, un hombre puede dar vueltas por Londres con sus bolsillos llenos de monedas recién acuñadas de cinco chelines, comprar esto, aquello y lo otro, y volver a su casa con e! caro bio en legítimas monedas del reino: medias coronas, florines, chelines, medios peniques, todo eso.

-Ya veo. ¿Por qué no lo atrapa un día cuando sus bolsillos están llenos de monedas ilegítimas de cinco chelines?

-Eso podría hacerse, claro, y !o he pensado, pero deseamos apresar a toda la banda. Una vez que lo arrestáramos a él, sin saber de dónde viene el-dinero, los verdaderos monederos huirían.

-¿Cómo sabe que él -no es uno de los falsificadores?

El pobre Hale es tan fácil de leer como un libro Hesitó antes de responder esa pregunta y pareció turbado como un delincuente sorprendido en un acto deshonesto.

-No tiene por qué temer contármelo -le dije tranquilizadoramente después de una pausa-. Usted tiene a uno de sus hombres en la casa del señor Summertrees, de modo que sabe que él no es un acuñador. Pero su hombre no ha logrado obtener evidencia que señale a otra gente.

-Casi ha acertado otra vez, monsieur Valmont. Uno de mis hombres ha sido el mayordomo

de Summertrees por dos semanas pero, como usted dice, no ha hallado evidencia.

-¿Sigue siendo mayordomo?

-Sí.

-Dígame ahora cuánto ha llegado a saber. Tiene conocimiento de que Summertrees deposita una bolsa de monedas cada viernes en el banco de Piccadilly, y supongo que el banco le habrá permitido examinar una o dos de las bolsas.

-Sí, señor, me lo ha permitido, pero usted sabe, los bancos son difíciles de tratar. No quieren detectives que anden molestando y si bien no se ponen en contra de la ley, sin embargo nunca contestan más preguntas que las que se les formula, y el señor Summertrees ha sido un buen cliente del United Capital por muchos años.

-¿No ha descubierto usted la procedencia del dinero?

-Sí; lo lleva allá noche tras noche un hombre que parece un respetable empleado público y Summertrees lo guarda en una gran caja fuerte, de la que él tiene la llave, y que está en la planta baja, en el comedor.

-¿No ha seguido usted al empleado?

-Sí. El duerme en la casa de Park Lane todas las noches y va todas las mañanas a un negocio de antigüedades de Tottenham Court Road, donde permanece todo el día para volver con su bolsa de dinero por la noche.

-¿Por qué no lo arresta y lo interroga?

-Bien, monsieur Valmont, existe la misma objeción a su arresto que al de Summertrees mismo. Fácilmente podríamos arrestar a ambos, pero no tenemos la evidencia en contra de ninguno de los dos y además, aunque pongamos en el calabozo a los mediadores, los peores delincuentes de la pandilla escaparían.

-¿Nada sospechoso acerca de! negocio de antigüedades?

-No. Parece ser perfectamente normal. -¿Este asunto se ha estado dando bajo sus narices por cuánto tiempo?

-Unas seis semanas.

-¿Summertrees es un hombre casado?

-No.

-¿Hay mujeres entre sus sirvientes?

-No, salvo tres mujeres que van por las mañanas para limpiar y ordenar la casa.

-¿Cómo se compone la servidumbre?

-Está el mayordomo, el camarero y, por último, el cocinero francés.

-¡Ah, el cocinero francés! -exclamé-. Este caso me interesa. ¿De modo que Summertrees ha logrado desconcertar por completo a su hombre? ¿Le ha impedido recorrer la casa de arriba a abajo?

-Oh, no, por el contrario. En una ocasión fue a la caja fuerte, sacó el dinero y le pidió a Podgers, Podgers es mi hombre, que le ayudara a contarlo. y luego envió a Podgers con la bolsa de monedas

-¿Y Podgers ha revisado toda la casa?

-Sí.

-¿No encontró señales de un establecimiento de acuñación?

-No. Es absolutamente imposible que se haga allí acuñación alguna. Además, como le he dicho, aquel empleado respetable le trae el dinero.

-Supongo que deseará que ocupe el lugar de Podgers, ¿verdad?

-Bien, monsieur Valmont, para decirle la verdad, preferiría que no. Podgers ha hecho todo lo que un hombre puede hacer, pero pensé que si usted entrara en la casa con la colaboración de Podgers, podría registrarla noche tras noche con toda comodidad.

-Ya veo. Eso es un tanto peligroso en Inglaterra. Creo que preferiría asegurarme la legítima posición de sucesor del afable Podgers. ¿Dice usted que Summertrees no tiene ninguna ocupación?

-Bien, señor, no lo que podría llamarse una ocupación. Parece ser que es autor, pero no cuento eso como una ocupación.

-Caramba, ¿es un autor? ¿Cuándo escribe?

-Se encierra en su estudio la mayor parte del día.

-¿Sale para almorzar?

-No. Enciende un calentador de alcohol que tiene en el estudio, según me dice Podgers, y se prepara una taza de café, que toma con uno o dos sandwiches.

-Eso es bastante frugal para una zona como Park Lane.

-Sí, monsieur Valmont, lo es, pero luego lo compensa por la noche, cuando toma una gran comida con todas esas exquisiteces extranjeras que les gustan a las gentes como usted, hechas por su cocinero francés.

-iHombre inteligente! Bien, Hale, veo que me dará placer conocer al señor Summertrees. ¿Hay alguna restricción en las idas y venidas de su hombre Podgers?

- En absoluto de salir de día o de noche.

- Muy bien amigo Hale, tráigalo aquí mañana,

tan pronto corra nuestro autor se encierre en su estudio, o más bien en cuanto el individuo salga, para Tottenham Court Road que -opongo será alrededor de media hora después que el amo se encierra en el cuarto donde escribe.

-Está muy acertado en esa conjetura, Valmont. ¿Cómo llegó a ella?

-Una mera suposición, Hale. Hay bastantes cosas extrañas en esa casa de Park Lane, de modo que no me sorprende en lo más mínimo que el amo comience a trabajar antes que el empleado. También tengo la sospecha de que Ralph Summertrees sabe perfectamente para qué está allí el estimable Podgers.

-¿Qué le hace pensar eso?

-No puedo darle ninguna razón, salvo que mi opinión de la perspicacia de Summertrees ha ido aumentando gradualmente mientras usted hablaba, al mismo tiempo que disminuía mi estimación de la capacidad de Podgers. De todos modos, traiga al hombre acá mañana, para que pueda hacerle unas pocas preguntas.

El día siguiente, hacia las once el voluminoso Podgers, sombrero en mano, entró a mi sala atrás de su jefe. Su rostro ancho, impasible e inmóvil le daba más el aire de un genuino mayordomo de cuanto yo esperaba, y ese aspecto se veía acentuado, naturalmente por la librea. Sus respuestas a mis preguntas eran las de un sirviente bien educado que no dice mucho a menos que valga la pena. En general, Podgers superó mis expectativas y realmente mi amigo Hale estaba justificado al considerarlo, tal como lo hacía, un triunfo a su favor.

-Siéntese, señor Hale, y usted, Podgers.

El hombre no tomó en cuenta mi invitación; se quedó como una estatua hasta que su jefe le hizo una seña. Luego se dejó caer en una silla. Los ingleses son geniales en su disciplina.

-Ahora, señor Hale, primero debo felicitarlo por la caracterización de Podgers. Es excelente. Ustedes confían menos en la ayuda artificial que nosotros en Francia, y en eso creo que tienen

razón.

-Oh, sabemos algo acá, señor Valmont -dijo Hale, con perdonable orgullo.

-Ahora, Podgers, deseo preguntarle acerca de ese individuo que trae las monedas. ¿A qué hora llega por las noches?

-A las seis, señor.

-¿Llama, o abre con una llave?

-Abre con una llave, señor.

-¿Cómo lleva el dinero?

-En un pequeño maletín de cuero cerrado con llave, señor, colgado del hombro.

-¿Va directamente al comedor?

-Sí, señor.

-¿Lo ha visto usted abrir la caja fuerte y guardar el dinero?

-Sí, señor.

-La caja, ¿se abre con una palabra o con una llave?

-Con una llave, señor. Es de las antiguas.

-¿Entonces el individuo abre su maletín de cuero lleno de monedas?

-Sí, señor.

-Eso significa que hay tres llaves que se usan en otros tantos minutos ¿Están separadas o en un manojo?

-En un manojo, señor.

-¿Alguna vez vio a su amo con un manojo de llaves

-No, señor.

-Tengo entendido que lo vio abrir la caja fuerte en una oportunidad.

-Sí, señor.

-¿Usó una llave separada o una de un manojo? Podgers se rascó lentamente la cabeza y luego dijo:

-No lo recuerdo, señor.

-Ah, Podgers, usted está descuidando las cosas importantes en esa casa. ¿Seguro que no puede recordarlo?

-No, señor,

-Una vez guardado el dinero y cerrada la caja fuerte, ¿qué hace el individuo?

-Va a su cuarto, señor.

-¿Dónde está su cuarto?

-En el segundo piso, señor. -¿Dónde duerme usted?

-En el tercer piso, con el resto de los sirvientes, señor.

-¿Dónde duerme el amo?

-En el primer piso, junto a su estudio.

-La casa consiste en cuatro pisos y un sótano, ¿verdad?

-Sí, señor.

-De alguna manera he llegado a la sospecha de que se trata de una casa muy angosta. ¿Es así?

-Sí, señor.

-¿Come alguna vez el empleado con su amo?

-No, señor. El empleado no come en la casa, señor.

-¿Se marcha antes del desayuno?

-No, señor.

-¿Nadie le lleva el desayuno a su cuarto?

-No, señor.

-¿A qué hora se marcha de la casa?

-A las diez, señor.

-¿A qué hora se sirve el desayuno?

-A las nueve, señor.

-¿A qué hora se retira su amo al estudio?

-A las nueve y media, señor.

-¿Cierra la puerta por dentro?

-Sí, señor.

-¿Nunca llama para pedir algo durante el día?

-No que yo sepa, señor.

-¿Qué clase de hombre es él?

Ahí Podgers se sintió en terreno familiar y dio una descripción muy particularizada.

-Quería decir, Podgers, si es taciturno, o conversador, o se pone nervioso. ¿Parece furtivo, desconfiado, ansioso, aterrorizado, calmo, excitable, o qué?

-Bien, señor, él es muy tranquilo, nunca tiene mucho que decir; nunca lo vi enojado ni excitado.

-Bien, Podgers, usted ha estado en Park Lane por una quincena o más. Usted es un hombre sagaz, alerta, observador. De lo que sucede allá, ¿qué le parece extraño?

-Bien, no puedo decirlo exactamente, señor -replicó Podgers, mirando con aire de impotencia de su jefe a mí y luego otra vez a su jefe.

-Sus deberes profesionales a menudo lo han obligado a representar el papel de mayordomo en otras ocasiones, de lo contrario no lo haría tan bien. ¿No es ése el caso?

Podgers no contestó pero miró a su jefe. Esa era obviamente una cuestión relativa al servicio que un subordinado no estaba autorizado a contestar. Sin embargo, Hale dijo de inmediato.

-Por cierto. Podgers ha estado en docenas de lugares.

-Bien, Podgers, recuerde entonces algunas de las otras casas en donde ha estado empleado y dígame algunos detalles en que la residencia del señor Summertrees difiere de ellas.

Podgers pensó un largo momento.

-Bien, señor, él se dedica demasiado a escribir.

-Ah, esa es su profesión, Podgers. ¿Está escribiendo desde las nueve y media hasta las siete, supongo?

-Sí, señor.

-¿Algo más, Podgers? No importa que sea trivial.

-Bien, señor, a él también le gusta leer; por lo menos le gustan los periódicos. -¿Cuándo lee?

-Nunca lo he visto leerlos, señor; en verdad, por lo que sé, nunca vi un periódico abierto, pero él los recibe todos, señor.

-¿Cómo, todos los de la mañana?

-Sí, señor, y todos los de la tarde también.

-¿Dónde se colocan los diarios de la mañana?

-Sobre la mesa de su estudio, señor.

-¿Y los periódicos de la noche?

-Bien, señor, cuando llegan los periódicos de la noche, el estudio está cerrado. Se los coloca

sobre una mesa del comedor, y él se los lleva arriba, a su estudio.

-¿Eso ha ocurrido todos los días desde que usted está allí?

-Sí, señor.

-Usted informó ese hecho tan sorprendente a su jefe, ¿verdad?

-No, señor, creo que no -replicó Podgers, confundido.

-Debió hacerlo. El señor Hale hubiese sabido aprovechar ese punto tan vital.

-Oh, vamos, Valmont -interrumpió Hale-, usted se está burlando de nosotros. ¡Mucha gente compra todos los periódicos!

-No creo. Incluso hoteles y clubes sólo reciben los más importantes. Pero usted dijo todos, ¿verdad, Podgers?

-Bien, casi todos, señor.

-¿Cómo es eso? Hay una gran diferencia.

-El compra unos cuantos, señor.

-¿Cuántos?

-No sé exactamente, señor.

-Eso se puede saber, Valmont -gritó Hale con cierta impaciencia-, si realmente a usted le parece importante.

-Me parece tan importante que voy a ir con Podgers. ¿Usted puede hacerme entrar a la casa, cuando vuelva?

-Oh, sí, señor.

-Volviendo a esos periódicos por un momento, Podgers. ¿Qué se hace con ellos?

-Se los vende al trapero, señor, una vez por semana.

-¿Quién los retira del estudio?

-Yo, señor.

-¿Parecen haber sido leídos muy cuidadosamente?

-Bien, no, señor; al menos algunos parecen como si nunca los hubiera abierto, o de lo contrario, que han sido plegados de nuevo muy cuidadosamente.

-¿Notó que se haya recortado partes de algunos de ellos?

-No, señor.

-¿Lleva el señor Summertrees un libro de recortes?

-No que yo sepa, señor.

-Oh, el caso es perfectamente simple -dije, apoyándome en el respaldo de mi sillón y mirando al intrigado Hale con esa querúbica expresión de autosatisfacción que sé que le molesta tanto.

-¿Qué es perfectamente simple? -preguntó, tal vez más ásperamente de cuanto convenía.

-Summertrees no es ningún acuñador, ni está vinculado con ninguna banda de acuñadores.

-¿Qué es, entonces?

-Ah eso abre otra línea de investigación. Por todo lo que sé, puede ser el más honesto de los hombres. En superficie, parecería que es un comerciante razonablemente industrioso de Tottenham Court Road, ansioso porque no haya ninguna conexión visible entre un empleo plebeyo y una residencia tan aristocrática como la de Park Lane.

En ese punto Spenser Hale dio expresión a uno de esos raros relámpagos de razón que resultan siempre una sorpresa para sus amigos.

-Esa es una tontería, señor Valmont -dijo-; el hombre que está avergonzado de la relación entre su ocupación y su casa es el que intenta ingresar en la sociedad, o que tiene mujeres de su familia que lo están intentando, como suele ser el caso. Ahora, Summertrees no tiene familia. No

va a ninguna parte, no recibe en su casa ni acepta invitaciones. No pertenece a ningún club, de modo que decir que está avergonzado de su negocio de Tottenham Court Road es absurdo. Oculta la relación por algún otro motivo que vale la pena investigar.

-Mi estimado Hale, la diosa de la Sabiduría misma no pudo haber hecho una serie tan sensata de observaciones. Ahora, mon ami, ¿desea mi ayuda, o ya tiene lo suficiente para continuar?

-¿Suficiente para continuar? No tenemos más que lo que teníamos anoche cuando lo visité.

--Anoche mi estimado Hale, usted suponía que ese hombre estaba relacionado con monederos falsos. Hoy sabe que no lo está.

-Sé que usted dice que no lo está.

Me encogí de hombros, levanté las cejas y lo miré sonriente.

-Es lo mismo, monsieur Hale.

-Bien, de todos los vanidosos... -y el buen Hale no pudo continuar,

-Si desea mi ayuda, es suya.

-Muy bien. Dejemos las cosas así. La acepto.

-En ese caso, mi estimado Podgers, usted volverá a la residencia de nuestro amigo Summertrees y reunirá para mí en un paquete todos los periódicos de la mañana y de la noche de ayer que se recibieron en la casa. ¿Puede hacerlo, o están todos mezclados en una pila en la carbonera?

-Puedo hacerlo, señor. Tengo instrucciones de colocar todos los periódicos del día en una sola pila, por si hacen falta. Siempre está toda la provisión de una semana en el sótano, y vendemos los periódicos de la semana anterior al trapero.

-Excelente. Bien, corra el riesgo de sustraer los periódicos de un día y téngalos preparados.

Iré allá a las tres y media exactamente, y deseo que me lleve al dormitorio del empleado en el segundo piso, que supongo no estará cerrado durante el día.

-No, señor, no está cerrado.

Entonces se marchó el paciente Podgers. Spenser se puso de pie cuando se fue su ayudante.

-¿Puedo hacer algo más? -preguntó.

-Sí, déme la dirección del negocio en Tottenham Court Road. ¿Tiene usted alguna de esas monedas nuevas de cinco chelines que cree ilegalmente acuñadas?

Abrió su portamonedas, sacó la moneda de metal blanco y me la entregó.

-Voy a pasarla antes de la noche -dije, guardándola en el bolsillo-, y espero que ninguno de sus hombres me arresten.

-Está bien -dijo riendo Hale, mientras se despedía.

A las tres y media Podgers me estaba esperando y abrió la puerta del frente mientras yo subía los escalones, con lo que me evitó la necesidad de llamar. La casa parecía extrañamente tranquila. El cocinero francés estaba evidentemente abajo, en el sótano, y nosotros teníamos toda la parte superior para nosotros, a menos que Summertrees estuviese en su estudio, cosa que yo dudaba. Podgers me llevó directamente arriba, al cuarto del empleado en el segundo piso, caminando en puntas de pie con un elefantino aire de silencio y de reserva combinados, lo que me pareció innecesario.

-Examinaré este cuarto -dije-. Por favor, espéreme abajo, junto a la puerta del estudio.

El dormitorio demostró ser de respetable tamaño dadas las reducidas dimensiones de la casa. La cama estaba correctamente hecha y había dos sillas en la habitación, pero el habitual lavabo y el espejo oscilante no se veían. Al divisar una cortina en el extremo del cuarto, la descorrí y hallé, tal como esperaba, ¡in lavatorio fijo en un vano de tal vez un metro de profundidad por un metro

cincuenta de ancho. Como el cuarto tenia un ancho de unos cuatro metros cincuenta, ese vano dejaba dos tercios del espacio sin explicación. Un instante después abrí una puerta que era la de un ropero lleno de ropas que pendían de ganchos. Esto dejaba un espacio de un metro cincuenta entre el ropero y el lavatorio. Al principio pensé que la entrada a la escalera secreta debía estar en el lavatorio, pero al examinar cuidadosamente las maderas, si bien sonaban a hueco cuando las golpeé con los nudillos, eran evidentemente simples listones machihembrados, y no una puerta oculta. Por lo tanto, la entrada a la escalera debía estar en el ropero. La pared de la derecha resultó ser similar al machihembrado del lavatorio a primera vista, pero de inmediato vi que era una puerta. El cerrojo se accionaba un tanto ingeniosamente por medio de uno de los ganchos, que sostenía un par de viejos pantalones. Descubrí que si se presionaba el gancho hacia arriba, la puerta se habría hacía afuera, sobre el inicio de la escalera. Descendí al primer piso y un cerrojo similar me permitió pasar a un ropero análogo del cuarto que estaba abajo. Las dos habitaciones eran idénticas en tamaño y una estaba sobre la otra, con la única diferencia de que la puerta de la de abajo daba al estudio y no al hall, como ocurría con la de arriba.

El estudio se veía sumamente prolijo; parecía no muy usado, o quizás el lugar de trabajo de un hombre muy metódico. No había nada sobre la mesa, salvo una pila formada por los periódicos de esa mañana. Caminé hasta el extremo, hice girar la llave en la cerradura y salí ante el asombro de Podgers.

-¡Caramba, qué sorpresa! -exclamó.

-Exacto -repliqué-. Usted ha estado pasando en puntas de pie frente a un cuarto vacío durante las dos últimas semanas. Ahora, si me acompaña, Podgers, le enseñaré cómo se realiza la treta.

Cuando él entró al estudio volví a cerrar la puerta con llave y conduje al supuesto mayordomo, quien aún caminaba en puntas de pie por la fuerza de la costumbre, escaleras arriba hasta el dormitorio superior, de donde salimos dejando todo exactamente como lo habíamos encontrado. Bajamos por la escalera principal hasta el hall del frente, donde Podgers tenía preparado mi paquete de diarios perfectamente envuelto. Llevé el paquete a mi apartamento y di instrucciones a uno de mis ayudantes, a quien dejé trabajando con los periódicos.

Tomé un coche hasta la esquina de Tottenham Court Road y caminé por esa calle hasta que llegué al negocio de antigüedades de J. Simpson. Después de mirar por un rato las vidrieras bien provistas, entré al local. Había elegido un pequeño crucifijo de hierro que se exhibía detrás del cristal, la obra de algún antiguo artesano.

Supe de inmediato, por la descripción de Podgers, que me atendía el verdadero empleado respetable que cada noche llevaba la bolsa de dinero a Park Lane, y que yo estaba seguro no era otro que Ralph Summertrees mismo.

No había nada en su manera que difiriese de la de cualquier otro tranquilo vendedor. El precio del crucifijo resultó ser de siete chelines y seis peniques, y entregué un soberano para pagarlo.

-,Tiene inconveniente en que el cambio sea todo en plata, señor? -me preguntó, y le contesté con toda calma, aunque la pregunta revivió una sospecha que había comenzado a disiparse.

-En absoluto.

Me dio media corona, tres monedas de dos chelines y cuatro chelines separados, todas monedas de plata del reino, el indudable producto, nada artístico, de la respetable Casa de Moneda

Británica. Esto parecía anular la teoría de que él se desprendía del dinero ilegítimo. Me preguntó si me interesaba en algún tipo particular de antigüedades y le respondí que mi curiosidad era general, y muy de aficionado, por lo que me invitó a echar una mirada a los

objetos del local. Procedí a hacer eso mientras él reanudó su tarea, que consistía en poner direcciones y franquear ciertos panfletos doblados que, supuse, serían ejemplares de su catálogo.

No intentó vigilarme ni hacerme comprar nada Elegí al azar un pequeño tintero y pregunté su precio. Era de dos chelines, me dijo, por lo que saqué mi fraudulenta moneda de cinco chelines. La tomó, me dio el cambio sin comentario, y la última duda acerca de su conexión con los monederos falsos se disipó en mi mente.

En ese momento entró un hombre joven que, noté de inmediato, no era un cliente. Caminó ágilmente hasta el extremo del local y desapareció detrás de un tabique, en cuya parte superior había un panel de vidrio que permitía vigilar la puerta de entrada.

-Discúlpeme un momento -me dijo el vendedor, y siguió al joven a su oficina privada.

Mientras examinaba la colección heterogénea y curiosa de cosas en venta, oí el tintineo de monedas vertidas sobre la tapa de un escritorio o una mesa, y el murmullo de voces llegó hasta mí. Ahora me encontraba cerca de la entrada del negocio y mediante un juego de manos, manteniendo el rabillo de un ojo sobre el panel de cristal de la oficina privada, retiré la llave de la puerta del frente sin hacer sonido alguno, y tomé una impresión en cera, devolviéndola a su lugar sin que nadie lo advirtiera. En ese momento entró otro joven y fue hasta la oficina privada. Le oí decir:

-Oh, perdón, señor Simpson. ¿Cómo estás, Rogers?

-Hola, Macpherson -saludó Rogers, quien entonces salió dándole las buenas noches al señor

Simpson y se fue silbando por la calle, pero no antes de repetir el saludo a otro joven que entraba, a quien le dio el nombre de Tyrrel.

Registré esos tres nombres en la mente. Otros dos llegaron juntos, pero me vi obligado a contentarme con memorizar sus rasgos, porque no pude saber sus nombres. Esos hombres eran obviamente cobradores, porque oí el tintineo de monedas en todos los casos; sin embargo ese era un pequeño comercio, que aparentemente trabajaba poco, porque yo había estado allí más de media hora y seguía siendo el único cliente. Si se concedían créditos, un cobrador por cierto sería suficiente, pero habían llegado cinco, los que vertieron su dinero en la pila que Summertrees llevaría a su casa esa noche.

Decidí procurarme uno de los panfletos a los que el hombre había estado escribiendo la dirección. Estaban apilados en un estante detrás del mostrador, pero no tuve dificultad en alcanzar el que estaba arriba en la pila, y que guardé en el bolsillo. Cuando el quinto joven salió a la calle, apareció Summertrees mismo, quien ahora llevaba en la mano el maletín de cuero lleno y cerrado con llave, con las correas colgando. Se acercaban las cinco y media y vi que estaba ansioso por cerrar y marcharse.

-¿Algo más que le interese, señor? -me preguntó.

-No, o más bien sí y no. Usted tiene aquí una interesante colección, pero está oscureciendo tanto que casi no puedo ver.

-Cierro a las cinco y media, señor.

-Ah, en ese caso -dije, consultando el reloj-, me gustará volver en algún otro momento.

-Gracias, señor -replicó Summertrees serenamente. Entonces me marché.

Desde la esquina de una calleja del otro lado de la calle lo vi colocar las persianas con sus propias manos. Luego salió con un abrigo puesto y el maletín del dinero colgado de su hombro. Cerró con llave la puerta, la probó con sus nudillos y empezó a caminar por la calle, llevando bajo un brazo ¡os panfletos con los que había estado trabajando. Lo seguí a cierta distancia. Lo vi cuando depositó los panfletos en el buzón de la primera oficina de correos por la que pasó,

después de lo cual caminó rápidamente hacia su casa en Park Lane.

Cuando volví a mi apartamento y llamé a mi ayu- dante, éste me dijo:

-Después de apartar los avisos habituales de píldoras, jabones, etcétera, éste es el único común a todos los periódicos, de la mañana y de la noche. Los avisos no son idénticos, señor, pero tienen dos puntos de semejanza, o tal vez debería decir tres. Todos afirman brindar una cura para la distracción; todos piden que se indique el hobby principal del solicitante, y todos llevan la misma dirección: Dr. Willoughby, en Tottenham Court Road.

-Gracias -dije, mientras ponía ante mí los avisos recortados.

Leí varios de los anuncios. Todos eran pequeños y quizá se debiera a esa característica el hecho de que nunca había advertido a ninguno de ellos en los periódicos, porque sin duda eran bastante extraños. Algunos solicitaban listas de hombres distraídos, con los hobbies de cada uno, por las que se ofrecían de uno a seis chelines. En otros avisos el doctor Willoughby afirmaba poder curar la distracción. No había ni honorarios ni tratamiento: se enviaría un panfleto que, si no beneficiaba al destinatario, tampoco le haría mal. El doctor no podía atender personalmente a sus pacientes ni mantener correspondencia con ellos. La dirección era la misma del negocio de antigüedades de Tottenham Court Road. En ese momento retiré el panfleto del bolsillo y vi que se titulaba Ciencia cristiana y distracción, por el doctor Stamford Willoughby, y al final del artículo se repetía la aclaración que aparecía en los avisos, que el Doctor Willoughby no podía atender personalmente a los pacientes ni mantener correspondencia con ellos.

Tomé una hoja de papel y le escribí al doctor Willoughby alegando que yo era un hombre muy distraído y que le estaría agradecido por su panfleto, agregando que mi hobby especial era la colección de primeras ediciones. Luego firmé como "Alport Webster, Imperial Flats, Londres, W."

Aquí debo explicar que me resulta a menudo necesario ver a cierta gente bajo otro nombre que no es el mío, el muy conocido de Eugéne Valmont. Mi apartamento tiene dos entradas y en una de ellas está pintado "Eugéne Valmont"; en la otra hay un receptáculo en el que puede encajarse un panel corredizo que lleva el nome de guerre que elija. El mismo método se aplica en la planta baja, donde aparecen los nombres de todos los ocupantes del edificio en la pared de la derecha.

Metí mi carta en un sobre, en el que escribí la dirección y coloqué una estampilla, y luego le dije a mi sirviente que pusiera afuera el nombre de Alport Webster, instruyéndolo para que si alguien intentaba ver a esa mítica persona en mi ausencia, arreglara una cita.

Eran casi las seis de la tarde del día siguiente cuando Angus Macpherson presentó su tarjeta para que le fuera entregada al señor Alport Webster. De inmediato reconocí al joven como el segundo que había entrado en el pequeño negocio el día anterior para llevarle su tributo al señor Simpson.

Llevaba tres volúmenes bajo el brazo y hablaba de una manera tan agradable e insinuante que en seguida supe que le encantaba su profesión.

-¿Quiere sentarse, señor Macpherson? ¿En qué puedo servirle?

Colocó los tres libros, con los lomos visibles, sobre mi mesa.

-¿Le interesan a usted las primeras ediciones, señor Webster?

-Es lo único que me interesa -repliqué-; pero lamentablemente suelen costar muchísimo dinero.

-Es verdad -afirmó Macpherson comprensivamente- y aquí tengo tres libros, de los cuales uno es una ejemplificación de lo que usted comenta. Esta cuesta cien libras. El último ejemplar

que se vendió en Londres en un remate alcanzó un precio de ciento veintitrés libras. Este otro vale cuarenta libras, y el tercero diez libras. Estoy seguro de que no podría hallar esos tesoros a esos precios en ninguna librería de Gran Bretaña.

Los examiné críticamente y comprendí de inmediato que lo que él decía era verdad. El joven seguía aún de pie del otro lado de la mesa.

-Por favor, siéntese, señor Macpherson. ¿Quiere decir que usted va por Londres con mercaderías por valor de ciento cincuenta libras bajo el brazo tan despreocupadamente?

El joven rió.

-Corro muy poco riesgo, señor Webster. No creo que los que me vean imaginen por un instante que bajo el brazo lleve algo más que un trío de ejemplares que acabo de elegir de la caja de libros de cuatro peniques.

Me detuve en el ejemplar por el que me había pedido cien libras y luego le dije, mirándolo:

-¿Cómo es que posee este libro, por ejemplo?

El joven volvió hacia mí un rostro fino y abierto y contestó sin dudar, de la manera más franca posible:

-En realidad no lo poseo, señor Webster. Soy un conocedor de libros raros y valiosos aunque, por supuesto, tengo poco dinero como para poder dedicarme a coleccionarlos. Pero estoy relacionado con los amantes de libros deseables en distintas zonas de Londres. Estos tres volúmenes, por ejemplo, son de la biblioteca privada de un caballero de West End. Le he vendido muchos libros y sabe que soy un individuo confiable. El desea venderlos a un poco menos de su valor y ha tenido la amabilidad de permitirme conducir la venta. Me ocupo de descubrir a aquellos que se interesan en libros raros, y de esa manera puedo agregar bastante a mis ingresos.

-¿Cómo se enteró de que yo era un bibliófilo?

El señor Macpherson rió afablemente.

-Bien, señor Webster, debo confesar que fue un intento al azar. A menudo hago eso. Tomo un apartamento como éste y le envío mi tarjeta a la persona cuyo nombre figura en la puerta. Si me permiten pasar, le formulo al ocupante la pregunta que le hice a usted hace un momento: "¿Le interesan las ediciones raras?" Si me dice que no, simplemente pido disculpas y me retiro. Si me dice que sí, entonces le muestro mis libros.

-Ya veo -dije, asintiendo con la cabeza. Con qué soltura mentía, a pesar de ese rostro inocente; pero mi pregunta siguiente hizo surgir la verdad.

-Como esta es la primera vez que me visita, señor Macpherson, supongo que no se opondrá a que le haga otras preguntas. ¿Tendría inconveniente en darme el nombre del propietario de esos libros que vive en West End?

-Su nombre es Ralph Summertrees, de Park Lane.

-¿De Park Lane? Ah, realmente.

-Me agradará dejarle estos libros, señor Webster, y si se molesta en hacer una cita con el señor Summertrees, estoy seguro de que él no tendrá inconveniente alguno en recomendarme.

-Oh, no tengo la menor duda y ni pensaría en molestar a ese caballero.

-Estaba por decirle -continuó el joven- que tengo un amigo, un capitalista, quien en cierto modo me respalda; porque, como le dije, tengo poco dinero propio. Encuentro que a menudo a la gente le resulta inconveniente desembolsar una suma considerable. Cuando doy con un negocio conveniente, mi capitalista compra los libros y yo arreglo con mi cliente para que me pague cierta suma cada semana, y de esa manera no se siente ni siquiera una gran compra, ya que las cuotas que fijo son muy pequeñas.

-¿Usted está empleado durante el día, supongo?

-Sí, soy empleado.

¡Una vez más estábamos en el ámbito de la ficción!

-Suponiendo que comprara este libro de diez libras, ¿qué cuota debería pagar cada semana?

-Oh, la que usted desee, señor. ¿Serían demasiado cinco chelines?

-Creo que no.

-Muy bien, señor, si me paga cinco chelines ahora, le dejaré el libro y tendré el placer de visitarlo el mismo día de la próxima semana para la cuota siguiente.

Metí la mano en el bolsillo y saqué dos medias coronas que le entregué.

-¿Necesito firmar algún formulario u obligación de pago por el resto?

El joven rió cordialmente.

-Oh, no, señor, no es necesario ninguna formalidad. Usted sabe, señor, que en buena medida ésta es una tarea de aficionado para mí, aunque no puedo negar que tengo la vista puesta en el futuro. Estoy organizando lo que espero será una relación muy valiosa con caballeros como usted, a quienes les gustan los libros, y confío en que algún día podré renunciar a mi puesto en la compañía de seguros y tener un pequeño negocio pro. pio, donde resulten útiles mis conocimientos de los valores de la literatura.

Luego, después de anotar algo en una pequeña libreta que sacó del bolsillo, se despidió muy cortésmente y se marchó. Yo me quedé pensando qué podría significar todo eso.

A la mañana siguiente me entregaron dos cosas. La primera llegó por correo y era un panfleto sobre Ciencia cristiana y distracción, exactamente igual al que me había llevado del negocio de antigüedades; la segunda era una pequeña llave realizada según la impresión en cera, que me permitiría abrir la puerta del frente del mismo negocio, llave hecha por un excelente amigo anarquista en una oscura calle cercana a Holborn.

Aquella noche a las diez en punto me hallaba dentro del negocio de antigüedades, con una batería de acumuladores en el bolsillo y una lamparita eléctrica incandescente en el ojal, un instrumento muy útil para un ladrón o un detective.

Había esperado hallar los libros del establecimiento en una caja fuerte que, de ser similar a la de Park Lane, estaba preparado para abrir con las ganzúas que poseía o para tomar una impresión de la cerradura y confiar en mi amigo anarquista por el resto. Pero para mi gran sorpresa, descubrí todos los papeles relativos al negocio en un escritorio que ni siquiera estaba cerrado con llave. Los libros, tres, eran un libro de cuentas, el diario y el mayor, relativos al negocio; era contaduría a la antigua. Pero en una carpeta había media docena de hojas oficios con el encabezamiento "Lista del señor Rogers", "Lista del señor Macpherson", "Lista del señor Tyrrel", los nombres que yo ya conocía, y otros tres. Esas listas contenían, en la primera columna, nombres; en la segunda columna, direcciones; en la tercera, sumas de dinero; y en los cuadraditos que seguían había sumas que variaban de dos chelines y seis peniques a una libra. En la lista del señor Macpherson aparecía, en último término, el nombre Alport Webster, Imperial Flats, 10 libras; luego, en el lugar pequeño y cuadrado, cinco chelines. Esas seis hojas, cada una encabezada por el nombre de un vendedor, eran evidentemente el registro de los cobros actuales, y la inocencia de todo el asunto era tan obvia que de no ser por mi costumbre de no creer nunca hallarme en el fondo de un caso hasta haber dado con algo sospechoso, me hubiese ido con las manos tan vacías como había llegado.

Las seis hojas estaban sueltas dentro de una delgada carpeta, pero colocado verticalmente en un estante sobre el escritorio había un número de gruesos volúmenes de los cuales tomé uno y vi

que contenía listas similares que se remontaban a varios años atrás. En la lista actual del señor Macpherson noté el nombre de lord Semptam, un anciano noble excéntrico a quien conocía ligeramente. Luego, cuando busqué la lista anterior a la actual, su nombre también aparecía, lo rastrée lista tras lista hasta que hallé la primera entrada, que era de por lo menos tres años antes, y allí aparecía lord Semptam por haber comprado un mueble que costaba cincuenta libras, por la cual había pagado una libra por semana durante más de tres años, totalizando al menos ciento setenta libras, y repentinamente comprendí la gloriosa simplicidad del esquema y me interesé tanto en la estafa que encendí la luz de gas, por temor de que mi lamparita se agotara antes de finalizar mi investigación, que prometía ser larga.

En varios casos la víctima probable había resultado más astuta de cuanto había previsto Simpson, y la palabra "saldado" aparecía en la línea que llevaba el nombre cuando se había pagado el número exacto de cuotas. Pero mientras esas personas astutas desaparecían, otras tomaban su lugar, y la confianza de Simpson en la distracción de ellas parecía justificarse en nueve de cada diez casos. Sus cobradores seguían cobrando mucho después que las deudas hubiesen sido saldadas. En el caso de lord Sempton, el pago evidentemente se había tornado crónico, y el anciano le entregaba su libra semanal al afable Macpherson dos años después de haber pagado el total de su deuda.

Del gran volumen separé la hoja suelta, fechada en 1893, donde se registraba la compra de una mesa tallada por parte de lord Sempton en la suma de cincuenta libras, y por la que había estado pagando una libra por semana desde esa época hasta la fecha de la que estoy escribiendo, que era noviembre de 1896. Era probable que no se notara la falta de ese documento tomado del archivo de tres años antes, como hubiese sido el caso si yo hubiese elegido una de las hojas en uso. De todos modos hice una copia de los nombres y direcciones de los clientes actuales de Macpherson; luego, acomodando todo exactamente como lo había encontrado, apagué el gas y salí del comercio, cerrando la puerta tras de mí. Con la hoja correspondiente a 1893 en el bolsillo, resolví prepararle una pequeña sorpresa a mi cortés amigo Macpherson cuando viniera a cobrar la cuota siguiente de cinco chelines.

Aunque era tarde ya cuando llegué a Trafalgar Square, no pude privarme del placer de visitar al señor Spenser Hale, que sabía estaría aún en su oficina. Nunca se lo veía de la mejor manera cuando estaba trabajando, porque la burocracia lo tornaba un tanto rígido. Mentalmente él estaba impresionado por la importancia de su puesto, y a esto se sumaba el hecho de que no se le permitía fumar su gran pipa negra con su terrible tabaco. Me recibió con la sequedad que yo había aprendido a esperar cuando le infligía una de mis visitas en su oficina. Me recibió rudamente con estas palabras:

-Dígame, Valmont, ¿cuánto tiempo piensa tomarse con esa tarea?

-¿Qué tarea? -le pregunté suavemente.

-Oh, usted sabe a qué me refiero: el asunto Summertrees.

-¡Oh, eso! -exclamé, como sorprendido-. El caso Summertrees ya está completado, naturalmente. De haber sabido que usted tenía prisa, hubiese terminado todo ayer, pero como usted y Podgers y no sé cuántos más han estado trabajando en él dieciséis o diecisiete días, si no más, pensé aventurarme a tomarme otras tantas horas, ya que trabajo absolutamente solo. Usted no mencionó prisa alguna, usted sabe.

-Oh, vamos, Valmont, eso es demasiado. ¿Quiere decir que ya ha obtenido evidencia contra ese hombre?

-Evidencia absoluta y completa.

-Entonces, ¿quiénes son los monederos falsos?

-Mi muy estimable amigo, ¿cuántas veces le he dicho que no debe apresurarse en sus conclusiones? La primera vez que me habló del asunto le informé que Summertrees no era ni un monedero falso ni un cómplice de esos delincuentes. Conseguí evidencia suficiente para acusarlo de un delito totalmente distinto, que probablemente sea único en los anales delictivos. He penetrado el misterio del negocio y descubrí la razón de todas esas acciones sospechosas que muy correctamente despertaron sus sospechas. Ahora deseo que usted venga a mi casa el próximo miércoles a las seis menos cuarto de la tarde, preparado para efectuar un arresto.

-Debo saber a quién debo arrestar y sobre qué base.

-Exacto, mon ami Hale; yo no le dije que debía hacer un arresto sino que le advertí que debía estar preparado. Si usted tiene tiempo ahora para enterarse de mis descubrimientos, estoy a sus órdenes. Le aseguro que el caso posee características originales. Pero si este momento no es oportuno, venga a verme cuando pueda, telefoneando antes para asegurarse si estoy o no, y de esa manera no desperdiciará su valioso tiempo.

Tras esas palabras le ofrecí mi más cortés reverencia, y aunque su expresión desconcertada sugería la sospecha de que yo me estaba burlando de él, su dignidad de funcionario se disolvió un tanto y Hale expresó su deseo de enterarse de todo en ese mismo momento. Había logrado despertar su curiosidad. Escuchó mis palabras con expresión de perplejidad y al final lanzó una maldición.

-Ese joven -dije, para concluir- vendrá a verme el miércoles a las seis, para recibir la segunda cuota de cinco chelines. Supongo que usted, vestido con su uniforme, estará sentado conmigo para recibirlo, y estoy ansioso por estudiar el rostro de Macpherson cuando comprenda que debe enfrentarse a la policía. Si entonces usted me permite interrogarlo por un instante, no a la manera de Scotland Yard, advirtiéndole que lo que diga puede pesar en su contra, sino al estilo amplio que adoptamos en París, después le entregaré el caso a usted para que lo maneje a su arbitrio.

-Usted habla muy fluidamente, monsieur Valmont -fue el tributo que me hizo el funcionario-. Estaré allí el miércoles a las seis menos cuarto.

-Entretanto -agregué-, tenga la amabilidad de no comentar esto con nadie. Debemos preparar una sorpresa completa para Macpherson. Eso es esencial. Por favor, no dé ningún paso en este asunto hasta el miércoles por la noche.

Spenser Hale, muy impresionado, asintió con la cabeza, y yo me despedí de él cortésmente.

La cuestión de la luz es importante en un estudio como el mío, y la electricidad ofrece grandes posibilidades al ingenio. He aprovechado muy bien ese hecho. Puedo manipular la iluminación de mi estudio de modo que cualquier punto quede bañado en luz, mientras el resto permanece en una relativa oscuridad. Arreglé las lámparas de modo tal que toda la fuerza de sus rayos cayera sobre la puerta, aquel miércoles por la tarde, mientras yo estaba sentado a un lado de la mesa y Hale del otro lado, con una luz que daba sobre él desde arriba y le confería un extraño aspecto de estatua viviente de la Justicia, austero y triunfante. Cualquiera que entrase en el cuarto se sentiría primero deslumbrado por la luz y luego vería la forma gigantesca de Hale con el uniforme correspondiente.

Cuando Angus Macpherson fue acompañado hasta el estudio, se sintió visiblemente sorprendido y se detuvo de manera repentina en el umbral, con la mirada fija en el enorme policía. Creo que su primera intención fue volverse y correr, pero la puerta se cerró a sus espaldas y sin duda oyó como también nosotros, el sonido del cerrojo en la cerradura.

-Le... le pido disculpas -balbuceó-. Espe- raba encontrar al señor Webster.

Cuando dijo esas palabras, oprimí un botón que estaba debajo de mi mesa e inmediatamente quedé envuelto en una luz. El rostro de Macpherson mostró una sonrisa débil cuando me vio, y realizó un notable esfuerzo por afrontar la situación con naturalidad. .

-Oh, ahí está usted, señor Webster; al principio no lo había visto.

Fue un momento de tensión. Hablé lentamente, en tono imponente.

-Señor, quizás usted no conozca el nombre de Eugéne Valmont.

Replicó descaradamente:

-Lamento decir, señor, que nunca oí hablar del caballero.

En ese momento se oyó el más inoportuno "Jaja" de ese estúpido de Spenser Hale, que estropeó por completo la situación dramática que yo había preparado con tanto ingenio y esmero. No es de sorprender que los ingleses no posean drama, porque demuestran poco interés por los momentos sensacionales de la vida.

-Ja-ja -roznó Spenser Hale, reduciendo así la atmósfera emocional a una niebla de vulgaridad. Pero, ¿qué puede hacer un hombre? Debe utilizar las herramientas que la Providencia decide otorgarle. Ignoré la inoportuna risa de Hale.

-Siéntese, señor -le dije a Macpherson, y éste obedeció.

-Usted ha visitado a lord Sempton esta semana -continué severamente.

-Sí, señor.

-¿Y le cobró una libra?

-Sí, señor.

-¿En octubre de 1893 usted le vendió a lord Semptan una mesa tallada por cincuenta libras?

-Exactamente. señor.

-Cuando estuvo aquí la semana pasada, usted me dio el nombre de Ralph Summertrees como el de un caballero que vivía en Park Lane. ¿Sabía usted entonces que ese hombre era su empleador?

Ahora Macpherson me miraba fijamente y no me respondió. Continué con calma:

-¿También sabía que Summertrees, de Park Lane, era la misma persona que Simpson de Tottenham Court Road?

-Bien, señor -dijo Macpherson-, no veo exactamente a qué quiere llegar, pero es muy corriente que un hombre realice negocios bajo un nombre supuesto. No hay nada ilegal en ello.

-Hablaremos de ilegalidad en un momento, señor Maepherson. Usted, Rogers y Tyrrel, y otros tres, son cómplices de ese hombre Simpson.

-Somos sus empleados, sí, señor, pero no más cómplices de cuanto suelen serlo los empleados.

-Creo, señor Macpherson, que he dicho lo suficiente como para demostrarle que el partido ha terminado. Usted está ahora en presencia del señor Spenser Hale, de Scotland Yard, quien aguarda oír su confesión.

En ese momento intervino el estúpido Hale:

-Y recuerde, señor, que todo lo que usted, diga podrá...

-Discúlpeme, señor Hale -lo interrumpí rápidamente-, le pasaré el caso a usted en un momento, pero le ruego que recuerde nuestro acuerdo y que lo deje por el momento completamente en mis manos. Ahora, señor Macpherson, deseo su confesión, y la deseo de inmediato.

-¿Confesión? ¿Cómplices? -protestó Macpherson con sorpresa admirablemente simulada-. Debo decir que usa usted términos extraordinarios, señor... señor... ¿Cómo dijo que era el nombre?

-Ja ... ja... -rugió Hale-. Su nombre es monsieur Valmont.

-Le ruego, señor Hale, que deje a este hombre en mis manos por un instante. Ahora, Macpherson, ¿qué tiene que decir en su defensa?

-Dado que no se ha alegado nada criminal, monsieur Valmont, no veo la necesidad de una defensa. Si desea que admita que de alguna manera usted ha obtenido una cantidad de detalles acerca de nuestro negocio, estoy perfectamente dispuesto a hacerlo, y a confirmar su exactitud. Si usted tiene la amabilidad de hacerme saber cuál es su queja, trataré de aclarar las cosas en lo posible. Evidentemente ha habido alguna mala interpretación, pero si no me aclara a qué se refiere, le puedo asegurar que estoy tan rodeado por la niebla como cuando venía hacía acá, porque afuera la niebla está poniéndose densa.

Macpherson se estaba conduciendo con gran discreción, sin duda, y muy inconscientemente presentaba una imagen más diplomática que la de mi amigo, Spenser Hale, sentado rígidamente frente a mí. Su tono era de amable reconvención, como de quien está seguro de que todo equívoco se aclarará prestamente. Ofrecía a la vista un cuadro perfecto de inocencia, sin protestar ni demasiado ni muy poco. Pero yo tenía otra sorpresa para él, una carta de triunfo, por así decirlo, y la puse sobre la mesa.

-¡Mire! -grité con energía-. ¿Ha visto antes esa hoja?

La miró pero sin disponerse a tomarla.

-Oh, sí -dijo-. Ha sido robada de nuestro archivo. Es lo que llamo mi lista de visitas.

-¡Vamos, vamos, señor! -grité severamente-. Usted se niega a confesar, pero le advierto que lo sabemos todo. ¿Nunca oyó hablar del doctor Willoughby, supongo?

-Sí, es el autor del tonto panfleto sobre Ciencia Cristiana.

-Exacto, señor Macpherson; sobre Ciencia Cristiana y Distracción.

-Posiblemente. Hace mucho que no lo leo.

-¿Conoce usted a ese sabio doctor, Macpherson?

-Oh, sí. Doctor Willoughby es el seudónimo literario del señor Summertrees. El cree en la Ciencia Cristiana y en esa clase de cosas y escribe sobre el tema.

-Ah, realmente, estamos obteniendo su confesión parte por parte, señor Macpherson. Creo que sería mejor que fuera totalmente franco con nosotros.

-Estaba por hacerle la misma sugerencia a usted, señor Valmont. Si quiere decirme exactamente cuál es su cargo contra el señor Summertrees o contra mí, sabré entonces qué decir.

-Los acusamos, señor, de obtener dinero de manera fraudulenta, que es un delito que ha llevado a la cárcel a más de un financiero distinguido.

Spenser Hale sacudió su grueso índice en dirección a mí y me dijo:

-Un momento, Valmont; no debemos amenazar, no debemos amenazar, usted sabe. Pero yo continué, sin prestarle atención.

-Tome por ejemplo a lord Semptam. Usted le vendió una mesa por cincuenta libras, a pagar en cuotas. El debía pagar una libra por semana, y en menos de un año la deuda estaría liquidada. Pero es un hombre distraído, como son todos sus clientes. Es por eso que usted vino a verme. Yo había contestado al falso aviso de Willoughby. Y así usted siguió cobrando y cobrando por algo más de tres años. ¿Entiende ahora cuál es el cargo?

Durante esa acusación, el señor Macpherson había mantenido la cabeza levemente inclinada hacia un lado. Al principio su rostro se vio teñido por la más inteligente imitación de una ansiosa concentración de la mente que yo haya visto nunca, que gradualmente se disipó con el despertar de la comprensión. Cuando hube terminado, en sus labios rondó una sonrisa que deseó ser

insinuante.

Realmente -dijo-, ése es un proyecto notable. La liga de los distraídos, podría llamársela. Muy ingenioso. Summertrees, de tener algún sentido del humor, que no tiene, quedaría sorprendido por la idea de que su manía inocente por la Ciencia Cristiana lo hubiera llevado a ser sospechoso de obtener dinero fraudulentamente. Pero, en realidad, no hay ningún fraude en todo el asunto. Según lo entiendo, yo simplemente visitaría y recibiría dinero mediante la distracción de las personas de mi lista, pero creo que de tener alguna realidad su audaz teoría, usted nos acusaría al señor Summertrees y a mí de conspirar. Sin embargo, veo de dónde surge el error. Usted ha llegado a la falsa conclusión de que no le hemos vendido nada a Lord Semptam, salvo aquella mesa tallada, hace tres años. Tengo el placer de señalarle que su señoría es un frecuente cliente nuestro y que ha recibido muchos muebles de nosotros en distintas fechas. A veces él nos debe, a veces nosotros. Mantenemos una especie de convenio abierto con él, por el cual nos paga una libra por semana. El y varios otros clientes operan con el mismo plan, y a cambio de una entrada con la que podemos contar, ellos reciben la primera i, oferta, de todo aquello en lo que se supone que están interesados. Como le he dicho, llamamos a éstas las listas de visitas, pero para completarlas se necesitan lo que denominamos nuestra enciclopedia. La llamamos así porque consta de muchos tomos, un tomo por año, que van hacia atrás en el tiempo no sé por cuantos años. Usted advertirá aquí pequeños números sobre las cantidades anotadas, Esos números remiten a la página de la enciclopedia del año corriente, y en esa página está anotada la nueva venta, y el importe correspondiente, como podría asentarse en un libro mayor.

-Esa es una explicación muy interesante, señor Macpherson. Supongo que esa enciclopedia, como usted la llama, está en el negocio de Tottenham Court Road.

-Oh, no, señor. Cada tomo de la enciclopedia es de cierre automático. Esos libros contienen el secreto real de nuestro negocio, y se los guarda en la caja fuerte de la casa del señor Summertrees en Park Lane. Tome la cuenta de lord Semptan, por ejemplo. Si usted busca la página 102 de la enciclopedia de ese año, verá entonces una lista de lo que lord Semptan ha comprado y los precios que le hemos cobrado. Realmente es un asunto muy simple. Si me permite usar su teléfono un momento, le pediré al señor Summertrees, quien aún no ha comenzado a comer, que traiga aquí consigo el volumen correspondiente a 1893, y en un cuarto de hora usted quedará perfectamente satisfecho porque todo es muy legal.

Confieso que la naturalidad y la seguridad del joven me hicieron dudar, y mucho más cuando vi la sonrisa sarcástica en labios de Hale, que indicaba que él no creía una palabra de cuanto se había hablado. Sobre la mesa había un teléfono portátil y cuando Macpherson terminó su explicación, tendió el brazo y lo acercó a sí. Entonces intervino Spenser Hale.

-Discúlpeme -dijo-. Yo haré el llamado. ¿Cuál es el número del señor Summertrees?

-Hyde Park 140.

De inmediato Hale llamó a la central y en seguida le respondieron en Park Lane.

Le oímos decir:

-,Es ésa la residencia del señor Summertrees? ¿Es usted, Podgers? ¿Está el señor Summertrees? Muy bien. Soy Hale. Estoy en casa de Valmont... Imperial Flats... usted sabe. Sí, adonde fue usted conmigo el otro día. Muy bien, dígale al señor Summertrees que Macpherson necesita la enciclopedia del año 1893. ¿Entendió? Sí, enciclopedia. Oh, él entenderá de qué se trata. El señor Macpherson. No, no mencione mi nombre para nada. Sólo dígale que Macpherson necesita la enciclopedía del año 1893 y que usted debe traerla. Sí, puede decirle que el señor Macpherson está en Imperial Flats, pero no mencione mi nombre. Exactamente. En cuanto le dé

el libro, tome un coche y venga tan rápidamente como sea posible. Si Summertrees no quiere darle el libro, dígale que venga con usted. Si no quiere hacerlo, arréstelo y tráigalo a él con el libro acá. Muy bien. Dése prisa, lo estamos esperando.

Macpherson no protestó por el hecho de que fuera Hale quien utilizó el teléfono; se limitó a apoyarse contra el respaldo de su silla, con una expresión de resignación en el rostro que, de estar pintada en tela, podría haberse titulado "El erróneamente acusado". Cuando Hale cortó la comunicación, Macpherson dijo:

-Naturalmente, usted conoce bien sus obligaciones, pero si su hombre arresta a Summertrees, lo convertirá a usted en el hazmerreír de Londres. Existe tal cosa como el arresto injustificado, además de la obtención de dinero con dolo, y el señor Summertrees no es hombre de perdonar un insulto. Luego, si me permite que lo diga, cuanto más pienso en su teoría de los distraídos, más absolutamente grotesca me parece, y si el caso llega alguna vez a los periódicos estoy seguro, señor Hale, que experimentará un mal rato con sus superiores en Scotland Yard.

-Correré el riesgo, gracias -dijo Hale obstinadamente.

-¿Debo considerarme arrestado? -preguntó el joven.

-No, señor.

-Entonces, si me perdonan, me retiraré. El señor Summertrees les mostrará todo lo que ustedes deseen ver en sus libros, y podrá explicar su negocio mejor que yo, porque lo conoce más; por lo tanto, caballeros, les doy las buenas noches.

-No, no se va. No por ahora -exclamó Hale, poniéndose de pie al mismo tiempo que el joven.

-Entonces estoy arrestado -protesto Macpherson.

-Usted no saldrá de aquí hasta que Podgers traiga ese libro.

-Oh, muy bien -dijo, y volvió a sentarse.

Entonces, como hablar es una tarea que seca la boca, preparé algo para beber, una caja de cigarros y una caja de cigarrillos. Hale preparó su mezcla favorita, pero Macpherson, despreciando el vino de su patria, se contentó con un vaso de simple agua mineral y encendió un cigarrillo. Luego se ganó mi alto respeto al decir de una manera agradable, como si nada hubiese ocurrido:

-Mientras esperamos, monsieur Valmont, ¿puedo recordarle que me debe cinco chelines?

Reí, saqué la moneda de mi bolsillo y le pagué, tras de lo cual él me agradeció.

-¿Está usted relacionado con Scotland Yard, monsieur Valmont? -preguntó Macpherson, con el aire del hombre que trata de conversar para pasar un tedioso intervalo; pero antes de que yo pudiera contestar, Hale barbotó:

-¡Poco probable!

-¿Usted no posee un cargo oficial como detective, entonces, monsieur Valmont?

-Ninguno -repliqué rápidamente, para anticiparme a Hale.

-Esa es una pérdida para mi país -continuó ese admirable joven, con evidente sinceridad.

Empecé a ver que, de tenerlo como alumno, podría sacar enorme provecho de un individuo tan inteligente.

-Los groseros errores de nuestra policía -continuó- son deplorables. Si al menos tomaran lecciones de estrategia, por ejemplo de Francia, sus desagradables servicios se realizarían de manera más aceptable, con mucho menor incomodidad para sus víctimas.

-¡Francia! -bufó Hale con desprecio-. Consideran a un hombre culpable hasta que se prueba su inocencia.

-Sí, señor Hale, y el mismo parece ser el caso en imperial Flats. Usted ha decidido que el se-

ñor Summertrees es culpable, y no estará contento hasta que él demuestre su inocencia. Me aventuro a predecir que tendrá noticias de él muy pronto, de una manera que puede asombrarlo.

Hale gruñó y miró su reloj. Los minutos pasaban muy lentamente mientras estábamos ahí fumando y por último hasta yo empecé a sentirme incómodo. Ad ver nuestra ansiedad, Macpherson dijo que al venir la niebla era tan espesa casi como había sido da semana anterior, y que tal vez hubiese dificultad para conseguir coche. Mientras él hablaba, da puerta fue abierta desde afuera y entró Podgers, trayendo un grueso volumen en la mano. Se do dio a su superior, quien volvió las páginas azorado y luego miró el lomo, gritando:

-¡Enciclopedia del deporte, 1893! ¿Qué clase de broma es ésta, señor Macpherson?

Había una expresión apenada en el rostro de Macpherson cuando se inclinó hacia adelante y tomó el libro. Dijo con un suspiro:

-Si me hubiese permitido telefonear a mí, señor Hale, yo le hubiese aclarado bien al señor Summertrees qué era lo que se necesitaba. Pude haberme dado cuenta de que este error podía ocurrir.

Hay gran demanda de libros antiguos de deporte, y sin duda el señor Summertrees pensó que era eso lo que necesitaba. No se puede hacer otra cosa que enviar a su nombre de regreso a Park Lane y decirle al señor Summertrees que lo que necesitamos es el tomo de cuentas para 1893, al que llamamos enciclopedia. Permítame escribir una orden para pedirlo. Oh, de mostraré lo que he escrito antes de que su hombre se lo lleve -dijo, cuando Hale se aprestaba a mirar sobre su hombro.

Sobre un papel escribió rápidamente el pedido del que había hablado y lo entregó a Hale, quien lo leyó y se lo pasó a Podgers.

-Lléveselo a Summertrees y vuelva lo más rápido posible. ¿Tiene un coche en la puerta?

-Sí, señor.

-¿Hay niebla afuera?

-No tanta como hace una hora, señor. No hay dificultades con el tránsito ahora, señor. -Muy bien, vuelva cuanto antes.

Podgers saludó y se marchó con el libro bajo el brazo. Nuevamente la puerta fue cerrada y otra vez quedamos sentados fumando en silencio hasta que la quietud fue interrumpida por el tintineo del teléfono. Hale tomó el auricular.

-Sí, Imperial Flats. Sí. Valmont. Oh, sí, Macpherson está acá. ¿Qué? No de oigo. Agotada. ¿Cómo, la enciclopedia está agotada? ¿Quién habla? Doctor Wildoughby; gracias.

Macpherson se puso de pie como si fuese a tomar el teléfono, pero en cambio (actuó con tanta calma que no noté lo que estaba haciendo hasta que la cosa estuvo hecha) recogió la hoja de papel a la que llamaba lista de visita, y caminando sin apuro, la sostuvo sobre los carbones encendidos del hogar hasta que desapareció por da chimenea convertida en una llama. Me puse de pie de un salto, indignado, pero demasiado tarde para intentar el rescate de la hoja. Maccherson nos miró a los dos con esa sonrisa de autodesaprobación que varias veces había iluminado su rostro.

-¿Cómo osó quemar esa hoja? -le pregunté.

-Porque, monsieur Valmont, no le pertenecía a usted; porque usted no pertenece a Scotland Yard; porque usted la robó; porque usted no tenía derecho a poseerla; y porque usted no tiene un cargo oficiad en este país. Si hubiese estado en poder del señor Hale yo no hubiese osado, como usted dice, destruir la hoja, pero como esa hoja fue robada del local de mi patrón por usted, una persona sin ninguna autorización, a quien él habría podido matar justificadamente de haberlo

encontrado allí y si usted se hubiese resistido, me tomé la libertad de destruir el documento. Siempre sostuve que esas hojas no debían conservarse, porque tal como ha sido el caso, de caer bajo la investigación de una persona tan inteligente como Eugéne Valmont, podían dar pie a inferencias incorrectas. Sin embargo, el señor Summertrees insistió en conservarlas, pero concedió que si alguna vez le telegrafiaba o telefoneaba la palabra "enciclopedia", él quemaría de inmediato estos registros, y él, por su parte, debía telegrafiarme o telefonearme "La enciclopedia está agotada", por lo cual yo sabría que él había logrado quemarlos.

"Ahora, caballeros, abran esa puerta, lo que me ahorrará la molestia de forzarla. O me arrestan formalmente o dejan de privarme de mi libertad. Le estoy muy agradecido al señor Hale por telefonear y no le he protestado a un anfitrión tan galante como monsieur Valmont por la puerta cerrada. Pero la farsa ha terminado. El procedimiento que he debido soportar fue totalmente ilegal, y si usted me perdona, señor Hale, ha sido demasiado francés para que tenga lugar aquí, en la vieja Inglaterra, o para que se haga un informe en los periódicos que satisfaga a sus jefes. Exijo mi arresto formal o que se abra esa puerta.

En silencio oprimí un botón y mi sirviente abrió la puerta. Macpherson caminó hasta el umbral, se detuvo y volvió para mirar a Spensar Hale, que estaba sentado como una esfinge.

-Buenas noches, señor Hale.

Como no hubo respuesta, se volvió a mí con la misma sonrisa insinuante.

-Buenas noches, monsieur Eugéne Valmont -dijo-. Me daré el placer de visitarlo el miércoles próximo para retirar mis cinco chelines.